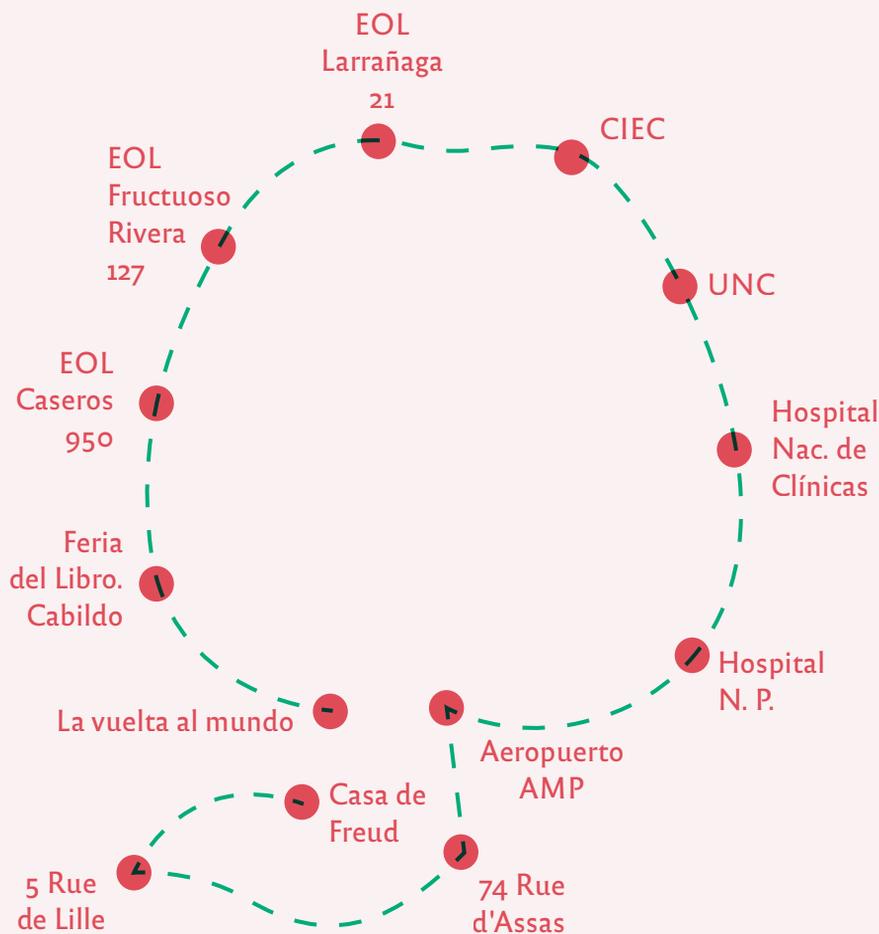


VIII

Cartografía de un deseo

Recorrido bibliográfico hacia las 33J



EOL

ESCUELA
DE LA
ORIENTACIÓN
LACIANA
SECCIÓN
CÓRDOBA

1.



El resultado del sueño, en efecto, es que no soy yo el culpable de que persistan los padecimientos de Irma, sino Otto; este, con su observación acerca de la incompleta curación de Irma, me ha irritado, y el sueño me venga de él devolviéndole ese reproche. El sueño me libera de responsabilidad por el estado de Irma atribuyéndolo a otros factores; produce toda una serie de razones. El sueño figura un cierto estado de cosas tal como yo desearía que fuese; su contenido es, entonces, un cumplimiento de deseo, y su motivo, un deseo. (...) Si se sigue el método de interpretación de los sueños aquí indicado, se hallará que el sueño tiene en realidad un sentido y en modo alguno es la expresión de una actividad cerebral fragmentada, como pretenden los autores. Después de un trabajo de interpretación completo el sueño se da a conocer como un cumplimiento de deseo.

Nota al pie: En su carta a Fliess del 12 de junio de 1900, Freud describe una visita posterior que hizo a Bellevue, la casa donde tuvo este sueño. «¿Crees», le pregunta, «que algún día se colocará en esa casa una placa de mármol, con la siguiente inscripción?: “En esta casa, el 24 de julio de 1895, le fue revelado al doctor Sigmund Freud el secreto de los sueños”. Por el momento parece poco probable que ello ocurra».

Freud, S. (1900). “El método de la interpretación de los sueños. Análisis de un sueño paradigmático, La interpretación de los sueños”, en *Obras completas Tomo IV*. Bs. As., Amorrortu editores, p. 141.

2.



Pero aquí nos cae en las manos la solución de un pequeño problema, el de saber por qué estropeamos ya en Trieste el contento por el viaje a Atenas. Tiene que haber sido porque en la satisfacción por haber llegado tan lejos se mezclaba un sentimiento de culpa; hay ahí algo injusto, prohibido de antiguo. Se relaciona con la crítica infantil al padre, con el menosprecio que relevó a la sobrestimación de su persona en la primera infancia. Parece como si lo esencial en el éxito fuera haber llegado más lejos que el padre, y como se continuará prohibido querer sobrepasar al padre.

A esta motivación universalmente válida se agrega todavía en nuestro caso el factor particular, a saber que en el tema Atenas y Acrópolis, en sí y por sí, está contenida una superioridad de los hijos. Nuestro padre había sido comerciante, no había ido a la escuela secundaria, Atenas no podía significar gran cosa para él. Lo que nos empañaba el goce del viaje a Atenas era entonces una moción de piedad. Y ahora ya no le asombrará a usted que el recuerdo de la vivencia en la Acrópolis me frecuentaba desde que, anciano yo mismo, me he vuelto menesteroso de indulgencia y ya no puedo viajar.

Lo saluda a usted cordialmente suyo,

Sigmund Freud

Enero de 1936

Freud, S. (1936). “Carta a Romain Rolland (Una perturbación del recuerdo en la Acrópolis)” en *Obras Completas Tomo XXII*. Bs. As., Amorrortu editores. pp.220-221

3.



Motivos de la formación de síntoma

Recordar nunca es un motivo, sino sólo un camino, un modo. El motivo primero de la formación de síntoma, en el orden del tiempo, es la libido. Entonces, el síntoma, como el sueño, es un *cumplimiento de deseo*. En estadios ulteriores, la defensa contra la libido se ha procurado también espacio dentro del *Icc*. El cumplimiento de deseo tiene que contentar a esta defensa inconsciente. Esto acontece si el síntoma puede obrar como castigo (a causa de un impulso malo), o, por desconfianza, para establecer un autoimpedimento. Se suman entonces los motivos de la libido y del cumplimiento de deseo como castigo.

Freud, S. (1889-1899). 1. Publicaciones prepsicoanalíticas y manuscritos inéditos en vida de Freud en *Obras completas Tomo I*. Bs. As.: Amorrortu. p.29.

4.



Para llegar a este punto más allá de la reducción de los ideales a la persona, es como objeto a del deseo, como lo que ha sido para el Otro en su advenimiento en cuanto vivo, como el *wanted* o el *unwanted* de su venida al mundo, como el sujeto está llamado a renacer para saber si quiere lo que desea. Tal es la especie de verdad que con la invención del análisis Freud traía a la luz.

Es en este campo donde el sujeto, con su persona, tiene que pagar sobre todo el rescate de su deseo. Y en esto es en lo que el psicoanálisis exige una revisión de la ética.

Lacan, J. (1960) “Observación sobre el informe de Daniel Lagache” en Escritos 2. Siglo veintiuno editores, Bs. As. p. 649.

5.



Propongo que de la única cosa de la que se puede ser culpable, al menos en la perspectiva analítica, es de haber cedido en su deseo.

Esta proposición, aceptable o no en tal o cual ética, expresa bastante bien lo que constatamos en nuestra experiencia. En último término, aquello de lo cual el sujeto se siente efectivamente culpable cuando tiene culpa, de modo aceptable o no para el director de conciencia, es siempre, en su raíz, de haber cedido en su deseo.

Lacan, J. (1959-1960). El Seminario, Libro 7, *La ética del Psicoanálisis*. Paidós, Bs. As. p. 379.

6.



El neurótico nos muestra, en efecto, que tiene necesidad de pasar por la propia institución de la ley para sostener su deseo. Más que ningún otro sujeto, el neurótico pone de relieve este hecho ejemplar- que solo puede desear según la ley. No puede dar su estatuto a su deseo más que como insatisfecho o como imposible.

Lacan, J. (1962-1963). Seminario 10, *La angustia*. Paidós, Bs. As. p.165.

7.



“¿Quién no sabe por experiencia que uno puede no querer gozar? ¿Quién no lo sabe por experiencia por conocer ese retraimiento que impone a cualquiera la proximidad del goce como tal con toda su carga de atroces promesas? ¿Quién no sabe que uno puede no querer pensar? Como testimonio de ello tenemos todo el colegio universal de profesores.

Pero ¿Qué puede significar *no querer desear*? Toda la experiencia analítica da fe de que no querer desear y desear son la misma cosa, con lo cual no hace más que dar forma a lo que para cada quien está en la raíz de su experiencia.

Desear extraña una fase de prohibición que lo hace idéntico a no querer desear. No querer desear es querer no desear. A esta disciplina se dedicaron, para encontrar una salida a los *impasses* de la interrogación socrática, precisamente, unos que no fueron solo filósofos sino también religiosos a su manera: los estoicos, los epicúreos. El sujeto sabe que no querer desear encierra en sí algo tan irrefutable como esa banda de Moebius que no tiene revés pues al recorrerla se regresa matemáticamente a la superficie que supuestamente debería constituir su otra cara.

Allí es donde está citado el analista. En la medida en que se supone que el analista sabe, se supone también que irá al encuentro del deseo inconsciente por eso digo, y la próxima vez lo ilustraré con un dibujito topológico que ya ha estado antes en la pizarra, que el deseo es el eje, el pivote, el mando, el martillo, gracias al cual se aplica el elemento fuerza, la inercia, que hay tras lo que se formula primero, en el discurso del paciente, como demanda, o sea la transferencia. El eje, el punto común de esta hacha de doble filo es el deseo del analista, que designo aquí como una función esencial. Y no me vengan a decir que no nombro ese deseo, porque es precisamente el punto que solo es articulable por la relación del deseo con el deseo.

Lacan, J. (1964). Seminario 11, *Los cuatro conceptos fundamentales del Psicoanálisis*. Paidós, Bs. As. pp. 242-243.

8.



No diré que todavía no he nombrado ese deseo del analista pues ¿cómo nombrar un deseo? Un deseo uno lo va cercando. Para esto la historia nos procura pistas y huellas.

Lacan, J. (1964). Seminario 11, *Los cuatro conceptos fundamentales del Psicoanálisis*. Paidós, Bs. As. p. 262.

9.



Deseo y goce son antinómicos, ésta es la clave para penetrar en la enseñanza de Lacan. Es cierto que el superyó se opone al deseo pero únicamente como exhortación imperativa al goce. No podemos imaginar una instancia que formulase imperativamente: "Desea! Al contrario, el deseo es el efecto de lo imposible del goce. Lo que se verifica con el psicoanálisis es que el goce como tal no es deseable.

Miller, J.-A. (1981). "Clínica del superyó" en Conferencias porteñas. Tomo I. Bs. As., Paidós. p. 137.

10.



Por eso, hay un más allá de la clínica, y repito: “no hay clínica sin ética”. No hay clínica psicoanalítica sin implicación del analista, implicación de su querer, de su deseo. El “¿qué me quieres?”, que Lacan tomó del Diablo enamorado de Cazotte, de la lengua italiana –lo que lo convierte en una especie de matema gracias a ese movimiento translingüístico– ese *Che vuoi?* vale para el analista mismo.

Miller J.- A. (1982-1983). *Del Síntoma al fantasma y retorno.* Paidós, Bs. As. p.12.

11.



Porque si hay algo de lo que se está seguro, es que no se es propietario de su deseo. El deseo no es un bien. Antes de hacer un slogan del no ceder en su deseo, conviene recordar algo que cambia todo, que el deseo es el deseo del Otro. Quiere decir que en su relación con el deseo, no es cuestión para el sujeto de posesión sino de desposesión.

Miller J.- A. *Del Síntoma al fantasma y retorno.* Paidós, Bs. As. 2018. p.

12.



El *ceder en su deseo* se realiza por el bien del Otro, por lo que se imagina que es su bien. Se sentirían culpables de atentar contra el bien del Otro. La observación de Lacan es que la culpa no está allí donde se piensa. La culpa que se cree prevenir consagrándose al bien del Otro se la reencuentra desde el momento en que, para ese bien, se ha cedido en su deseo.

Miller J.- A. *Del Síntoma al fantasma y retorno.* Paidós, Bs. As. 2018. p. 146

13.



Lacan introduce el término «deseo» definiéndolo en relación con la *Verdrängung*; lo cual significa que lo ha definido como reprimido, en tanto que no puede existir si no como tal.

La misma oposición entre el deseo y la demanda –que se puede escribir también «D/d»– implica que, con el de «deseo», Lacan ha creado un término que no podía existir sino como reprimido o, lo que es lo mismo, que no podía ser reconocido si no como demanda; en suma, como otra cosa. Lacan ha hablado durante años del reconocimiento del deseo, pero antes de inscribir el deseo en lo simbólico. No hay que olvidar que en el momento en que fija verdaderamente su teoría del deseo en lo simbólico, y en el momento en que introduce precisamente el deseo con respecto a la demanda, en ese mismo momento ya no puede seguir manteniendo el término de «reconocimiento del deseo». Porque ese término implica, precisamente, que se trata de un deseo reprimido cuyo reconocimiento haría desaparecer, pues al ser reconocido sería ya distinto de lo que era. Ante tal contradicción, en este momento de la teorización de Lacan, el deseo se mantiene como reprimido.

Miller J.- A “Modalidades del rechazo” en *Introducción a la clínica lacaniana*. Conferencias en España, .1991. pp. 280-281.

14.



¿Qué quieres? dirigido al paciente, lo invita a construir una voluntad, un deseo decidido. Luego lo invita a construir a partir de lo invariable, de su deseo, aunque este circule, sea extravagante, errático, inaprensible, se invierta, se deshilache, se muestre de nuevo, no sea una voluntad. Por lo tanto, el análisis empuja al sujeto a hacer de su deseo una voluntad, y en este movimiento ya se insinúa la mentira. El análisis pide al sujeto nombrar su deseo, pero lo que se descubre es que no se alcanza a nombrarlo, que este deseo es reactivo a la nominación, que no se transforma en voluntad. Todo lo que llegamos a circunscribir y nombrar del deseo, es un goce. En el lugar del *¿qué quieres?* obtenemos como respuesta *Aquí hay goce*, es decir, obtenemos una localización del goce, articulado en un dispositivo significativo.

Miller J.- *A Sutilezas analíticas*. Paidós, Bs.As. 2012. p. 144.